

Sobre el etnónimo de los gálatas (y de los celtas)

XAVERIO BALLESTER
Universidad de Valencia

ABSTRACT

Some of the traditional explanations for the name of the *Celtae* have no typological parallel at all. The old name of the *Celtae* could be well preserved in the ethnonym *Galatai*, which could be explained as **gala-* 'end, limit, border' and **tai* 'those, they' with the general meaning of 'the border people', a common kind of ethnonym that suits the geographical situation of old Celts and their historical background.

En el campo de la etnonimia la etimología del nombre de los celtas ha sido tradicionalmente una de las más debatidas. En un nuevo intento por dilucidar la cuestión modesto propósito de las siguientes líneas es ceder protagonismo a los aspectos históricos, culturales y antropológicos en la idea de que, en definitiva, los etnónimos de los antiguos pueblos indoeuropeos no pueden reducirse a la tan habitual reconstrucción puramente formal, de sólo enormemente especulativa, sino que, para no olvidar que la

¹ Y valgan aquí como principios metodológicos la proclama de Untermann (1985: 356): «una etimología no vale nada sin comprobación del sentido por factores independientes, sea lo que puede desprenderse del contexto de una frase, sean indicios externos de cualquier índole» y su estupendo comentario extensible desde el celtibérico a cualquier otra lengua (1985/6: 60): «Mitteilungen wie 'Ich stelle das Wort keltib. *x* zu idg. *y*' sind Beiträge zur Autobiographie ihrer Verfasser, aber keine verbindlichen Leistungen für den Fortschritt unserer Erkenntnis».

semántica es componente substantivo de las lenguas, deben dar razón de un significado capaz de explicar de modo coherente su motivación en un amplio marco antropológico¹. Comenzaremos con un breve tratamiento de la cuestión formal o fonomorfológica para después, examinando sus eventuales motivación y congruencia semánticas, centrarnos en una más amplia exposición de su significado.

Tan típico, podría decirse, resulta el segmento radical *gal-* de la etnominia de los celtas (Γαλάται, *Gallaeci*, *Galli*...) como la raíz *slav-* para los eslavos, y aun tampoco puede excluirse que el mismo nombre de los *celtas* (latín *Celtae*) remonte a idéntica raíz, si bien con la interferencia de (al menos) una lengua que trata las oclusivas sonoras como sordas ([g >= k]) —por tanto, por una lengua muy probablemente no indoeuropea— y que hipotéticamente habría mantenido un original grupo [lt], ya que es más probable una evolución en el sentido de [lt > ld > ll] que la adaptación por otra lengua de un [ll] como [lt] ([ll >= lt]). Al respecto una secuencia como *[galàt-] (esto es, con la segunda sílaba átona; y nótese Γαλάται) simplificaría enormemente la cuestión y aumentaría la probabilidad de que unos *Celtae* y *Galli* o afines remonten a una única raíz, puesto que una secuencia como *[galàt-] podría haber muy bien propiciado un resultado *[galt-], el cual sí más fácilmente podría haber sido adoptado como [kalt-] (*Celtae*) por otra lengua, mientras que de modo natural podría haber evolucionado a [gall-] (*[galàt- > galt- > gald- > gall-]) en sus propios continuos lingüísticos (*Gallaeci*², *Galli*). La propuesta de un original *[galàt-] contaría también con la ventaja de explicar el doble tratamiento, simple [l] y geminado [ll], de la líquida, un detalle con frecuencia descuidado y que hay que explicar si no se pone en duda la relación entre las formas célticas Γαλάται y *Gallaeci* o *Galli*. Más concretamente un original *[galàta-] explicaría también, sin recurrir necesariamente a la fonomorfolgia de la lengua intermediaria, la formación latina en *-a* (*Celtae*, *-arum*, no *Celti*) frente al griego más general Κελτοί (singular Κελτός; aunque también Κέλται), lo que excluye aquí una influencia helénica. Quizá, pues, se haya concedido un excesivo crédito a la información cesariana (*gall.* 1, 1, 1): *qui*

² Para el caso de los *galaicos* ha de notarse la frecuente variante con /k/ (verbigracia Strab. 3, 3, 7: Καλλαίικους; Sil. It. 3, 345: *Callaecia*; Martial. 10, 17, 3: *Callaicus*), lo que tendería otro puente entre *Celt-* y *Gall-* y eventualmente podría explicarse como una intermediación ibérica.

ipsorum lingua Celtae, nostri Galli appelluntur, sobre todo teniendo en cuenta que, en razón del carácter expansivo de los celtas, nada garantiza que los *Celtae* de César no fueran en realidad pueblos celticizados. En suma, no se puede excluir taxativamente una relación etimológica entre *Celtae* y *Galli*, sobre todo si una secuencia como *galàta- está en la base de ambas derivaciones.

Cuestión tradicionalmente muy discutida es el significado de ese segmento radical (o raíz, según otros) *gal-*. Actualmente mantendría su vigor —y personalmente nos merece el mayor crédito— la propuesta de relacionar ese étimo con el del lituano *gālas* ‘fin, final, término, extremo’, y no, como otros han propuesto, con el del lituano *galià* ‘poder, fuerza’, significado que además, en última instancia, podría derivar por desplazamiento semántico de ese primero de ‘extremo final’, siendo, en cambio, mucho más difícil el proceso inverso³. La propuesta vendría reforzada por una serie de congruencias translingüísticas, como, en primer lugar, la ubicación de los pueblos *gal-*. Apunta De Bernardo (2000: 603): «así se formula aun la cuestión de si el tipo *gal-* no sería simplemente la denominación típica para los celtas periféricos, lo que cuadraría con la presencia de *gallaici* en el cuadrante nordoccidental de la Península Ibérica»⁴. Para De Bernardo (2000: 602) la idea estaría apuntalada por un pasaje de Diodoro el Sículo (*bibl.* 5, 32) donde establécese una diferencia entre *celtas*, los de las zonas de Marsella, Alpes, Pirineos, y *gálatas* o periféricos a esas zonas (los marítimos, los de Hercinia, los de Escitia). Además, mientras para un etnónimo del tipo ‘(los) poderosos’ sería muy difícil encontrar paralelos en antiguos y auténticos etnónimos⁵ (y, desde luego, no en exoetnónimos), un etnónimo con el significado de ‘límitrofes’ es relativamente común,

³ Como parcial analogía valga el empleo de *hamar* / *hamai* originariamente ‘límite’ para ‘diez’ en vascuence.

⁴ «so stellt sich sogar die Frage, ob der *Gal*-Typ nicht gerade als Benennung für die Kelten der Randgebiete typisch gewesen sein mag, wozu auch die Anwesenheit der *Gallaici* im Nordwesten der Iberischen Halbinsel passen könnte».

⁵ Unos étimo y significado *mong-hol* ‘bravo, valeroso’ para los mongoles (Del Castillo 1962: 244, 245) no son seguros. Tampoco merece crédito la suposición —típico *cocktail* morfológico de indoeuropeístas— que postula para *Celtae* un bizarro significado de ‘los elevados, los sobresalientes’ (**kel-toi*). Hablando de *elevaciones*, el único etnónimo que resulta común es el de ‘montañeses’, pero esto quizá resultará otra vez demasiado banal para muchos indoeuropeístas.

informando, por ejemplo, el nombre de los *extremeños*, *marcomanos* o de los *ucranianos*, y quizá también de los *galindos* bálticos (Smoczynski 1988: 821; Dini 1997: 219). También iría a favor de este significado la existencia de varios *Finisterres* o ‘finales del mundo’ en los extremos del mundo céltico, en Galicia⁶, Bretaña o Cornualles, lo que indica por parte de los hablantes o vecinos de estas zonas una conciencia de su posición no ya periférica o extrema, sino terminal, última, final en la tierra, algo a su vez congruente con la general idea, bien documentada en la Antigüedad y probablemente existente ya en época paleolítica, del occidente como fin y del oriente como principio, asociación presente en multitud de testimonios, tanto mitológicos como lingüísticos, y que, en última instancia, debe de derivar de la casi inevitable asociación entre el orto y el comienzo, y entre el ocaso y el fin; de ahí a su vez la asociación del orto-oriente y principio con elementos positivos como la vida, y la asociación del ocaso-occidente y fin con elementos negativos como la muerte. Al respecto tan ilustrativa como obvia parece la metonimia por la que los mayas llaman ‘rojo’ al este y ‘negro’ al oeste (Malherbe 1983: 231). Todo ello podría explicar o al menos coexplicar la existencia de tantos y tan diversos mitos relacionados con una u otra orientación. Así, según la tradición, del ‘país del sol naciente’ en las casas de los occidentalísimos ainúes «La única ventana, situada al Este, es sagrada y no debe arrojarse nunca nada por ella» (Weyer 1972: 223) y cuando el oso, su animal sagrado, es sacrificado, su cráneo es pasado por esa ventana (Weyer 1972: 237, 238). Entre los hotentotes los «namaquas miran a Oriente por la madrugada e imploran sus bendiciones» (Batista 1962: 225). Asimismo muchos pueblos sitúan el edén en occidente, tal era, por ejemplo, la ubicación del paraíso perdido para los nativos de Quirivati y Tuvalu (Clammer 1990: 20), mientras que para los antiguos egipcios pasar a la orilla oeste del Río era una metáfora de la muerte. Entre los algonquinos era «general la creencia en varias almas que iban después de la muerte hacia Occidente, teniendo que cruzar un ancho río sobre un tronco de árbol como puente» (Pericot 1962: 62). También para los araucanos el «alma de los difuntos va a una isla del mar del Oeste; y orientando los cadáveres en esta dirección, se suele enterrar» (Pericot 1962: 153). La misma razón de relacionar vida

⁶ En esa zona, como es sabido, llamado también por autores como Mela (3, 1, 9 y 12) o Plinio (4, 34, 110 y 114) *promunturium Celticum*.

con oriente y muerte con occidente explicaría la práctica, esencialmente coherente, de los bosquimanos, ya que entre ellos los muertos «son colocados en una excavación practicada en el lado occidental de la tumba, doblados como si estuvieran durmiendo y con la cara vuelta a oriente» (Batista 1962: 215). Basten estos pocos ejemplos.

Todo ello a su vez macrodiacrónicamente podría ser congruente con la mayoritaria preferencia en el *Out of Africa*, en la dispersión desde África del *homo sapiens sapiens*, por la ruta oriental, una preferencia cuyas causas nunca han sido totalmente elucidadas (y con frecuencia ni siquiera planteadas) y que propició, por ejemplo, la presencia de humanos anatómicamente modernos en la lejanísima y orientalísima Australia al menos quince o veinte mil años antes que en la cercana, pero occidental Europa. En cualquier caso y fueran esos viajes ya marinos ya terrestres, la referencia a la ubicación según el lugar ocupado por el sol, la *orientación*, fue básica y ha dejado numerosos testimonios en toponimia. Así, en las islas Marshall distínguese la cadena *Ratak* o ‘hacia el alba’ de la cadena *Ralik* o ‘hacia el ocaso’ (Derrick 1990: 14), tal como también en numerosos territorios se distinguen sobre todo las zonas del Levante de las zonas del Poniente, esto es el orto-este-amanecer y el ocaso-oeste-atardecer (cf. griego ἑσπέρα ‘ocaso, tarde, occidente’; lituano *rytai* ‘oriente, mañanas’, *vakarai* ‘occidente, tardes’), aunque también se dan distinciones entre el norte (‘noche, media noche’; cf. polaco *póënoc*) y el sur (‘día, medio día’; cf. latín *meridies*, francés *midi*, polaco *poëudnie*)... los ejemplos podrían multiplicarse *ad nauseam*.

Planteemos ahora a título de hipótesis la posibilidad de que una ulterior sinestesia —una figura que glotogónicamente parece haber tenido tanta importancia como la metáfora o la metonimia propiamente dichas⁷— pudo haber relacionado lo diestro, al ser lo más común, con lo oriental (y lo bueno) y consecuentemente lo siniestro con lo occidental (y lo malo). Para los romanos el vuelo a la derecha de determinadas aves era propicio, pero de mal augurio el vuelo a la izquierda. Situaciones muy parejas encontramos en otros lugares. Entre los dayagues de Borneo encontramos que para «algunas tribus ver pasar un pájaro de cierta especie volando por la derecha es un síntoma muy propicio, pero es temible si lo hace por la

⁷ Pues la sinestesia podría definirse como una convencional mezcla de metáfora y metonimia, o frecuentemente como una elipsis en una concatenación metonímica.

izquierda» (Serra 1962: 357). Nótese también que en la común dirección septentrional que tantos pueblos debieron de seguir en su salida de África, lo diestro fue efectivamente lo oriental.

En cualquier caso, lo sorprendente sería, pues, que una situación no sólo claramente extrema y periférica, sino además final, terminal y acaso présaga de males, esto es, una posición *occidental*⁸, no hubiera llamado la atención a sus moradores, máxime habida cuenta del general antropocentrismo de tantos pueblos, fenómeno manifiesto en aspectos tan variados como el extendidísimo empleo de ‘hombres’ (o incluso ‘hombres-hombres, los verdaderos hombres’) como el endoetnónimo con diferencia más común, o la convicción para tantos pueblos de habitar —*ergo* de ser— el centro de la tierra; es sabido que el nombre chino de China significa ‘el país del centro’ (*Zhongguo*), la misma o bien similar consideración encontraríamos entre algunas tribus amazónicas, o entre los antiguos habitantes de la isla de Pascua, para quienes su isla era, como Delfos para los griegos, ‘el ombligo del mundo’ (*Te-Pito O-te Henua*; Heyerdahl 1990: 84). En todo caso, fueran celtas o no, siempre cabría esperar razonablemente como muy probable el que algún pueblo, máxime precisamente uno de Europa occidental, recibiera la denominación de ‘el último, el de la frontera’, una situación para ellos realmente extraordinaria y que justificaría además la existencia de otras creencias y ritos⁹, ya que no debían de ser sin más otros pueblos periféricos o fronterizos sino, en la mentalidad antigua, los habitantes de donde el mundo terminaba, los habitantes del fin de la tierra. Tal singularidad debía de resultar tan aparatosamente llamativa como la de un pueblo formado totalmente por zurdos o por pelirrojos, si se nos permite una analogía tan extrema (y maliciosa)¹⁰, de modo que una referencia a estas singularidades sería la

⁸ Nótese que frente a *oriens* ‘oriente, levante’, simple participio de *orior* ‘levantarse, salir’ (*scilicet* el sol), la forma *occidens* ‘occidente, poniente’ formada sobre *cado* ‘caer, ponerse’ (*scilicet* el sol) presenta un elemento prefijal *ob-* con el significado de ‘delante, en frente’, lo que parece un inquietante reflejo de la ruta seguida en el Paleolítico Superior por los humanos en el poblamiento de Europa occidental, ruta que, como efectivamente ha confirmado la Arqueología, partió básica o totalmente de la Europa oriental.

⁹ Como los relacionados con el *Promontorio Sacro* (ἱερόν Ἀκρωτερίον) o Cabo San Vicente (Strab. 3, 1, 4; García 1999: 233-41).

¹⁰ Dada precisamente la relativa abundancia de zurdos y pelirrojos en estas zonas finisterrestres.

primera hipótesis que para el significado del etnónimo de los celtas debería verificarse.

Retornando por *último* a cuestiones lingüísticas y abundando en lo anteriormente dicho, quizá convendría ahora agregar que una formación como **gala-tai* de **gala* ‘fin’ y **tai* ‘estos, ellos, los’, es decir ‘los del fin, los extremeños, los últimos’ resultaría perfectamente aceptable para la morfología que hoy podemos rescatar para las comunes hablas indoeuropeas, de modo que la forma *Γαλάται* habría conservado mejor que ninguna otra el nombre originario de los celtas.

REFERENCIAS

- BATISTA Y ROCA, J. M. (1962): «Los pueblos de África», p. Bosch Gimpera dir., *Las Razas Humanas*, Barcelona, II 162-309.
- CLAMMER, J. (1990): «Los habitantes de Kiribati y Tuvalu», *Pueblos de la Tierra. Razas, ritos y costumbres. Islas del Pacífico*, Barcelona, 20-7.
- DE BERNARDO STEMPEL, p. (2000): «Minima Celtica zwischen Sprach- und Kulturgeschichte», *Man and the Animal World. Studies in Archaeology, Archaeology, Anthropology and Palaeolinguistics in memoriam Sándor Bökönky*, Budapest, 601-10.
- DEL CASTILLO YURRITA, A. (1962): «Los pueblos de Asia», P. Bosch Gimpera dir., *Las Razas Humanas*, Barcelona, I 122-287.
- DERRICK, Ch. (1990): «Los habitantes de las islas Marshall. Micronesia», *Pueblos de la Tierra. Razas, ritos y costumbres. Islas del Pacífico*, Barcelona, 12-9.
- DINI, P. U. (1997): *Le Lingue Baltiche*, Florencia.
- GARCÍA QUINTELA, M. V. (1999): «El sol que nace del mar y el promontorio sacro», *Pueblos, Lenguas y Escrituras en la Hispania Prerromana*, Salamanca, 233-41.
- HEYERDAHL, Th. (1990): «Los habitantes de las isla de Pascua. Polinesia», *Pueblos de la Tierra. Razas, ritos y costumbres. Islas del Pacífico*, Barcelona, 84-91.
- MALHERBE, M. (1983): *Les langages de l'humanité. Une encyclopédie des 3000 langues parlées dans le monde*, París.
- PERICOT GARCÍA, L. (1962): «Los pueblos de América», P. Bosch Gimpera dir., *Las Razas Humanas*, Barcelona, II 1-161.

- SERRA-RAFOLS, J. de C. (1962): «Los pueblos de Oceanía», P. Bosch Gimpera dir., *Las Razas Humanas*, Barcelona, I 288-458.
- SMOCZYNSKI, W. (1988): «Języki bałtyckie», L. Bednarczuk red., *Języki indoeuropejskie*, Varsovia, 817-905.
- UNTERMANN, J. (1985): «Los teónimos de la región lusitano-gallega como fuente de las lenguas indígenas», *Actas del III Coloquio sobre lenguas y culturas paleohispánicas*, Salamanca, 343-63.
- «Lusitanisch, Keltiberisch, Keltisch», *Veleia* 2/3 (1985/6) 57-76.
- WEYER, E. Jr., *Pueblos primitivos de hoy*, trad. R. Huguet, Barcelona 1972.